

# Ceguera espiritual - Juan 9:13-41

---

**(Jn 9:13-41)** “Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. El les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos. Entonces volvieron a decirle al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta.

Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo. Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él.

Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? El les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? Y le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a éste, no sabemos de dónde sea. Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer. Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron.

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece.”

En el estudio anterior consideramos el milagro que el Señor Jesucristo hizo cuando sanó a un hombre ciego de nacimiento. Ahora tendremos ocasión de ver las reacciones de distintas personas y grupos ante lo ocurrido.

## Primer interrogatorio de los fariseos al ciego

Los vecinos del que había sido ciego creyeron que un milagro tan extraordinario debía ser examinado por la autoridad religiosa, así que llevaron al hombre ante los fariseos.

Ahora bien, las obras del Señor ya habían despertado una fuerte oposición entre los líderes religiosos judíos en otras ocasiones, así que no debemos esperar que estuvieran muy predispuestos a aceptar este nuevo milagro. Como ya sabemos, el problema radicaba fundamentalmente en que Jesús no se sometía a las normas religiosas que ellos habían añadido a la Palabra de Dios, especialmente en lo relacionado con el día de reposo.

Para esta ocasión se convocó una reunión más o menos formal ante un grupo de representantes autorizados por el Sanedrín. Como líderes religiosos tenían que dar un veredicto acerca de este milagro y también acerca de Jesús. Lo lógico habría sido que un hecho tan extraordinario hubiese silenciado y avergonzado a cuantos se oponían a Jesús, pero como vamos a ver, tuvo el efecto contrario: en lugar de recibirle como el Mesías, le condenaron, y también expulsaron de la sinagoga al que había recibido el milagro. Tal grado de ceguera espiritual empezaba a ser extremadamente grave.

Pero vamos a considerar los hechos desde el principio. El evangelista nos dice que *“era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos”*. Este detalle se menciona aquí, antes de iniciar el interrogatorio, porque va a ser decisivo para las conclusiones finales.

Los judíos consideraban que amasar tierra y saliva era un trabajo prohibido en el día de reposo. Pero en realidad, esto no era lo que decía la ley de Dios, sino una interpretación que ellos habían añadido al mandamiento divino y por la que se regían en sus juicios. Pero como ya sabemos, para el Señor Jesús la Palabra de Dios era la única norma auténtica de fe y conducta, razón por la que cada vez que las tradiciones judías entraban en oposición con la Ley, él no tenía ningún reparo en ignorarlas, e incluso condenarlas. Y por otro lado, para el Señor hacer obras de misericordia era prioritario, y no iba a dejar de hacerlas ni siquiera en el día de reposo. Como él mismo había señalado en una ocasión anterior, también su Padre seguía haciendo estas obras en el día de reposo (**Jn 5:17-18**).

Todo esto predisponía a los judíos muy negativamente contra Jesús, hasta el punto en que aunque vieran un milagro tan extraordinario como el de la curación de un ciego de nacimiento, ellos buscarían la forma de no dar ningún crédito al Señor. Pero en este caso, como en muchos otros antes, lo tenían muy difícil. Su primera línea de actuación consistió en buscar algún defecto de forma en el proceder del Señor, así que le preguntaron al que había sido ciego *“cómo había recibido la vista”*. Y el que había sido ciego explicó nuevamente lo que ya había dicho antes a sus vecinos: *“Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo”*.

A primera vista todo parecía correcto, pero ellos rápidamente sacaron la conclusión de que Jesús no podía proceder de Dios porque el milagro había sido realizado en día de reposo. Pero, entonces, ¿quién lo había hecho? Si finalmente decían que no había sido Jesús sino el Padre, ¿le acusarían también al Padre de quebrantar el día de reposo? La otra opción sería atribuirle el mérito del milagro al mismo Satanás, pero esto aun sería mucho más descabellado, aunque ya lo habían hecho en otras ocasiones (**Mt 9:34**). Al final, sus prejuicios religiosos contra Jesús les llevaban a un callejón sin salida, y contra toda lógica, una vez más cerraron sus ojos a la clara evidencia y se atrincheraron en sus acusaciones contra el Señor por quebrantar el día de reposo al haber hecho lodo con su saliva. Todo esto parece ridículo y absurdo, pero así ocurre con frecuencia con muchos

hombres de nuestro tiempo que también buscan desesperadamente la forma de quitar a Dios de sus vidas y de sus mentes.

No obstante, en aquel grupo de fariseos había otros a los que no les parecía coherente esta forma de pensar y decían: “*¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?*”. Seguramente se trataba de una minoría que no se atrevía a alzar mucho la voz, y que en lugar de hacer afirmaciones tajantes, sólo se atrevían a formular una pregunta. ¿Cómo podía un hombre pecador, que no hubiera sido enviado por Dios, llevar a cabo un milagro tan asombroso como éste? Su razonamiento era el mismo que el que Nicodemo había hecho al Señor en aquella visita nocturna que encontramos en **(Jn 3:2)**.

Así que, una vez más “*había disensión entre ellos*” acerca de quién era Jesús. Unos se dejaban llevar por sus prejuicios religiosos y los otros por una lógica indiscutible.

Buscando la forma de resolver este conflicto preguntaron nuevamente al ciego: “*¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?*”. Es curioso que aquí no dudan de que Jesús, al que en todo momento evitan llamar por su nombre, había hecho un milagro en el ciego. Como veremos dentro de un poco, más tarde interrogaron a los padres porque no creían que aquel hombre hubiera sido ciego. En realidad, iban de uno a otro lado buscando la forma de dar una explicación alternativa al milagro que dejara fuera a Jesús.

La pregunta que hicieron al ciego sanado ponía a aquel hombre en un serio compromiso. Él, al igual que sus padres, sabían que los judíos habían determinado que si alguien confesaba que Jesús era el Cristo sería expulsado de la sinagoga **(Jn 9:22)**. ¿Cómo les contestaría? ¿Desacreditaría a Jesús para evitar de este modo entrar en un conflicto con los líderes religiosos del judaísmo? Pero, ¿cómo podría negar lo que Cristo había hecho por él?

La presión que los judíos estaban ejerciendo sobre él parecía tener el propósito de sacar algo de aquel hombre que les permitiera condenar a Jesús. Esto habría supuesto una gran victoria para ellos. Pero este hombre no iba a complacerles. Es cierto que todavía no sabía quién era Jesús, puesto que apenas había tenido trato con él, pero había algo de lo que no tenía ninguna duda; la persona que había obrado su curación tenía que ser alguien enviado por Dios. Así que, con una fe incipiente, declaró que Jesús tenía que ser un profeta. Esta era una opinión generalizada entre muchos judíos **(Mt 21:11) (Mt 21:46) (Mr 6:15) (Lc 7:16) (Lc 24:19)**, aunque, como sabemos, Jesús era mucho más que un profeta, pero aquel hombre todavía no había tenido la ocasión de descubrirlo.

## Interrogatorio de los fariseos a los padres del ciego

El interrogatorio al ciego sanado no había arrojado los resultados que ellos esperaban, así que llamaron a los padres del ciego para continuar con sus averiguaciones. Curiosamente, en esta ocasión comienzan con una nueva línea de investigación poniendo en duda lo que ya habían dado por hecho; que aquel hombre había nacido ciego, y que *había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista*”.

Las cosas no estaban saliendo como ellos querían, y aunque toda la evidencia apuntaba en la dirección opuesta a la que ellos hubieran deseado, sin embargo decidieron ir adelante en busca de algún indicio que apoyara sus hipótesis. Vemos con ello su extraordinaria incredulidad y su obstinada determinación a cerrar los ojos ante la luz.

Hay muchas personas que son iguales que estos judíos. Por muchas evidencias que pudieran tener acerca de la existencia de Dios, seguirían negándolas sobre la única base a sus prejuicios. Voltaire, uno de los principales representantes de la Ilustración, un

período que enfatizó el poder de la razón humana, dijo en una ocasión: “¡Si se obrara un milagro en el mercado de París ante los ojos de 1000 personas y de los míos propios, antes de creerlo desconfiaría de esos 2000 ojos y de los míos propios!”.

La incredulidad no es consecuencia de la falta de evidencias, sino de la voluntad de no querer creer. Por eso, aunque una persona llegara a ver muchos milagros de parte de Dios, no hay ninguna garantía de que finalmente se convirtiera en un creyente. El pueblo de Israel vio infinidad de intervenciones sobrenaturales de Dios mientras estuvieron en Egipto y en el desierto, pero aun así murieron por su incredulidad en el camino a la tierra prometida.

Y estos fariseos de la época de Jesús seguían siendo tan incrédulos como sus antepasados, y por esa razón llamaron a los padres del que había sido ciego en un nuevo intento de encontrar algo que les ayudara a justificar su incredulidad. La razón de este nuevo interrogatorio no era para averiguar la verdad, sino que se debía al hecho de que no querían creer al ciego sanado porque éste daba testimonio de Jesús.

**(Jn 9:19)** *“Les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?”*

La forma en la que los fariseos hicieron su pregunta parecía insinuar que pensaban que tanto los padres como su hijo se habían puesto de acuerdo para difundir el bulo de que aquel hombre había sido ciego de nacimiento.

Pero los padres no querían problemas con los líderes religiosos y lo único que estaban dispuestos a hacer era reconocer que aquel era su hijo y que había nacido ciego: *“Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego”*. Pero lo que no iban a hacer era tomar parte en la controversia que sus interrogadores tenían con Jesús, así que dijeron: *“cómo vea ahora, no lo sabemos, o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo”*.

Quizá fuera verdad que los padres no sabían exactamente los detalles de la curación de su hijo, aunque en ese momento había pasado tiempo suficiente como para que se hubieran puesto al corriente de todos los hechos. La verdadera razón por la que estaban eludiendo cualquier relación con el caso de su hijo era el temor hacia aquel tribunal religioso ante el que se sentían indefensos. Suponemos que sentían un pavor parecido al de aquellos que siglos más tarde tuvieron que comparecer ante el “santo” tribunal de la Inquisición. El temor los paralizaba, y a pesar de que tenían muchas razones para estar agradecidos con Jesús por la sanidad de su hijo, prefirieron medir sus palabras: *“Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesare que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga”*.

Fue su falta de valor, su egoísta cobardía, el temor a ser excluidos de la vida social y religiosa del judaísmo lo que les llevó a decir, *“no lo sabemos”*. Así prefirieron estar al lado de los enemigos del Señor, más bien que confesarle. Los fariseos habían infundido tal temor entre el pueblo que lograron paralizar el testimonio de estos padres.

La actitud de estos líderes religiosos era realmente muy grave. No sólo se empeñaban en no creer en Jesús, sino que también trataban por todos los medios de impedir que otros creyeran en él. La forma de conseguirlo era ejerciendo amenazas sobre todo el pueblo. El evangelio de Juan nos dice que hubo muchos que por este temor a los judíos no confesaban abiertamente que eran discípulos de Jesús **(Jn 7:13) (Jn 12:42) (Jn 19:38)**.

¡Cuántas personas habrán escogido la condenación eterna por haber temido la oposición del mundo! El Señor había advertido seriamente sobre este particular:

**(Lc 12:4-5)** *“Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed.”*

Pero, ¿por qué se acobardaron tanto los padres? Los judíos habían determinado que el hecho de confesar a Jesús como el Cristo era algo tan grave que sería castigado con la excomunión, lo que implicaba ser excluido de las actividades religiosas y de la vida social de Israel. Sin duda, esto sería un castigo terrible para aquellas personas. Les resultaría difícil soportar el ostracismo social, económico y familiar al que serían relegados. Y no solo para aquellos hombres hace dos mil años, sino también para cualquier judío que en el día de hoy se convierta al cristianismo. Ellos también sienten el mismo pavor al pensar en ser apartados de Israel. Y lo mismo se puede decir de aquellas personas que viven en un ambiente musulmán, budista, ateo...

Así que, los padres del que había sido ciego tenían temor de propasarse y que sus palabras pudieran ser interpretadas como un testimonio a favor de Cristo, por lo que optaron por derivar el asunto hacia su hijo: *“Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él”*. No parecía que les importara mucho que su hijo fuera expulsado con tal de que ellos no lo fueran. ¡Cuántas cosas miserables podemos llegar a hacer por el miedo a los hombres!

## Segundo interrogatorio de los fariseos al ciego

No habiendo logrado lo que querían de los padres, la comisión de investigadores vuelve a interrogar al ciego sanado: *“Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego”*. En este momento se habían dado cuenta de que era imposible negar la realidad del milagro, por lo que su línea de argumentación cambia nuevamente. Su táctica ahora va a consistir en intentar intimidar también al que había sido ciego. Al fin y al cabo, de esta manera habían conseguido silenciar a sus padres para que no dieran testimonio de Jesús.

Comienzan diciéndole: *“Da gloria a Dios”*. Sus palabras reflejan el orgullo y la autosuficiencia de los que se creen jueces absolutos de la verdad. Pero ¿que pretendían? La expresión *“da gloria a Dios”* podría ser considerada como una fórmula solemne para ordenarle que glorificara a Dios diciendo toda la verdad. En este sentido vemos cierto paralelismo con las palabras de Josué a Acán que encontramos en **(Jos 7:19)**. Pero es muy probable que también tuvieran la intención de hacerle confesar que aquel milagro había sido hecho por Dios y que el hombre que le había untado los ojos con lodo no había tenido nada que ver con él. Al fin y al cabo, eso es lo que le están proponiendo que dijera: *“nosotros sabemos que ese hombre es pecador”*. Según esto, debería dar la gloria a Dios y no a *“ese hombre”*.

En cualquier caso, es curioso que en el capítulo anterior el Señor les había retado a que dijeran de qué pecado le acusaban y ninguno de ellos había dicho nada **(Jn 8:46)**, pero aun así siguen dando por hecho que es un hombre pecador.

Sin embargo, aquel hombre no se parecía a sus padres. A él no le iban a conseguir amedrentar y de ningún modo iban a sacar de sus labios la afirmación de que Jesús era un hombre pecador. Veamos la respuesta que les dio:

**(Jn 9:25)** *“Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.”*

El se aferra a su propia experiencia. No aspiraba a poder explicar cómo se había obrado el milagro, y tampoco conocía mucho acerca de su benefactor, pero el hecho innegable es que antes era ciego y ahora veía. Contra esto no había argumentación posible. Y lo mismo pasa con un verdadero cristiano. Quizá su conocimiento sea escaso, su fe sea débil, pero si Cristo ha llevado a cabo una obra de regeneración en su corazón, entonces siente algo irreprimible: “estaba en tinieblas y ahora tengo luz”.

Así pues, mientras que los opositores de Jesús sólo tenían teorías y palabras, el que había sido ciego respaldaba su afirmación con un hecho incuestionable. Frente a esto, las opiniones sin fundamento se desvanecen. Y así ocurre también con nosotros; el mundo puede dudar y menospreciar nuestra fe, pero nada pueden hacer contra la realidad de una nueva vida en Cristo.

Los interrogadores habían fracasado en su intento de hacer cambiar el testimonio del que había sido ciego, pero ellos vuelven a insistir con las mismas preguntas en la esperanza de encontrar siquiera una contradicción o un nuevo elemento de juicio con que poder acusar a Jesús: *“Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?”*.

Pero el ciego sanado ya había visto sus intenciones y empezaba a estar cansado de ellos, así que, con mucha valentía comenzó su ofensiva: *“El les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis vosotros haceros también sus discípulos?”*. Después de todo, ¿qué sentido tenía volver a repetir las mismas cosas que no querían oír? Había quedado claro que no les interesaba la verdad y que sólo estaban buscando una excusa para justificar su incredulidad. Su actitud era completamente absurda, porque sin razón alguna se oponían a la evidencia del milagro, y buscaban desesperadamente algo contra quien lo había realizado. Así queda claro una vez más que mientras que la fe es una postura racional y lógica que descansa sobre hechos, la incredulidad es incoherente e irracional y sólo se puede basar en palabras y teorías.

Pero la proposición un tanto sarcástica que el ciego sanado hizo a los fariseos acerca de la posibilidad de que ellos llegaran a ser discípulos de Jesús, despertó sus iras. Consciente o inconscientemente, les estaba haciendo un desafío que tendría consecuencias, aunque por el momento no supieron qué decirle. Quizá les pilló desprevenidos porque no esperaban que aquel pobre hombre, que hasta ese momento se había dedicado a la mendicidad, tuviera el valor de enfrentarse contra todo el sistema religioso de la época. Aun así, el caso es que los avergonzó y logró silenciarlos.

Pero ellos no eran de la clase de personas que admitirían una derrota. De ningún modo iban a tolerar que un simple mendigo desafiara su autoridad. Pero tampoco tenían nada con que defender su postura, así que, heridos en su orgullo, comenzaron a despreciar al que había sido ciego: *“Y le injuriaron, y le dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos”*.

Notemos que le acusaron de ser discípulo de Jesús, ¡como si eso fuese un crimen! Al mismo tiempo, lo que estaban insinuando era algo que ya habían expresado con anterioridad: que sólo la gente pobre e ignorante eran seguidores de Jesús (**Jn 7:49-50**). Pero los fariseos no eran ni lo uno ni lo otro. Por eso les indignaba la sola idea de que hombres tan sabios como ellos pudieran convertirse en discípulos de Jesús.

A menudo, los que se encuentran en una posición elevada, los grandes y los nobles, son los últimos en conocer la verdad. Frecuentemente sus posesiones y su posición ciegan sus entendimientos y los apartan del reino de Dios. En cualquier caso, la nueva vida que Dios da a personas sencillas sirve para avergonzar y poner en evidencia la insensatez de los que se creen sabios. El apóstol Pablo lo explicó en su carta a los Corintios:

**(1 Co 1:26-28)** *“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es”*

Era obvio que el hombre al que el Señor había curado de su ceguera pertenecía a una clase muy humilde, pero sin embargo, veía mucho más que los orgullosos gobernantes judíos con toda su ciencia.

Entonces los fariseos se defendieron diciendo que ellos eran discípulos de Moisés y que no necesitaban a ningún otro maestro. Como recordaremos, en el capítulo anterior se habían gloriado de ser hijos de Abraham (**Jn 8:39**). Pero ni Moisés ni Abraham podrían salvarlos. Parece que su confianza estaba en su origen racial como judíos (*“nuestro padre es Abraham”*), y en su buena formación espiritual (*“nosotros, discípulos de Moisés somos”*).

Frente a estos personajes tan importantes del pasado, ¿quién era Jesús? Así que dijeron: *“Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea”*. Ellos sabían que Dios había designado a Moisés para que fuera maestro y legislador, pero no sabían nada acerca de Jesús. Según ellos, no tenían prueba alguna de que Jesús viniera de Dios. Pero, ¿acaso no les habían sido presentadas todas las señales y pruebas que lo acreditaban como el Mesías anunciado por los profetas? ¡Claro que sí, pero ellos no las quisieron ver! Y esto era lo realmente grave, porque como líderes religiosos de la nación todavía no habían logrado dar una explicación convincente al origen del poder y la sabiduría de Jesús. Simplemente lo rechazaban y le hacían acusaciones absurdas. Y lo mismo hicieron con su precursor, con Juan el Bautista; cuando el Señor les preguntó sobre el origen de su autoridad, lo único que fueron capaces de decir fue: *“No sabemos”* (**Mr 11:29-33**). Pero para ocultar su culpable incompetencia e ignorancia, se mostraban orgullosos y altivos diciendo: *“nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea”*. Los prejuicios teológicos de los fariseos los cegaban ante cualquier cosa que no fuera sus propias opiniones preconcebidas. Su orgullo y fanatismo no les permitía aprender más.

Pero sus argumentos no tenían sentido. El Señor ya les había dicho que si creyeran en Moisés, también creerían en él, puesto que de él había escrito Moisés (**Jn 5:46**). Según el razonamiento de ellos parecía incompatible creer en Moisés y al mismo tiempo en Jesús, cuando lo cierto es que ambas cosas eran complementarias: si hubieran sido auténticos discípulos de Moisés también lo serían de Jesús. Pero de él no querían saber nada, ni siquiera eran capaces de pronunciar su nombre, siempre se refiere a Jesús como “ése”, usando un tono despectivo.

Su palabrería no convencía al que había sido ciego y volvió a la carga: *“Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos”*. Realmente los puso en un aprieto. ¿Cómo podían ser líderes espirituales de Israel y confesarse ignorantes en cuanto a la autoridad de uno que tenía poder para abrir los ojos de los ciegos? Quedaba claro que eran guías ciegos a pesar de sus pretensiones. Todos sus títulos académicos y la posición religiosa que ocupaban les había impedido conocer la verdad en cuanto a Jesús, algo que aquel pobre ciego cada vez estaba viendo con mayor claridad.

La lógica del mendigo era muy simple pero totalmente correcta: sólo quien está dispuesto a hacer la voluntad de Dios puede ser escuchado por Dios: *“Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye”*. En realidad, con una habilidad extraordinaria estaba usando las convicciones de los mismos

fariseos para atacarles. Era un hecho que ellos pensaban que *“Dios no oye a los pecadores”*. Ellos siempre enseñaban que las respuestas a las oraciones dependían de que un hombre hiciera la voluntad de Dios y que fuera justo. ¿Cómo podían entonces decir que Jesús no provenía de Dios si había hecho un milagro único? ¿Cuál sería su explicación ahora? ¿Se encogerían de hombros y dirían nuevamente como los modernos agnósticos; *“no sabemos”*?

El ciego sigue con su razonamiento: *“Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego”*. Les hace notar también la obra completamente extraordinaria que Jesús acababa de hacer. Era algo que estaba muy por encima de las facultades humanas, y de hecho, aquel hombre no había escuchado que nunca antes se hubiera hecho un milagro así. Y seguro que él habría repasado la historia muchas veces buscando un rayo de esperanza para su propio caso sin encontrarlo nunca. ¿Cómo era que los fariseos no podían apreciar la grandeza de lo que había ocurrido?

Pero finalmente, el hombre que había sido ciego no iba a depender de que los fariseos aceptaran a Jesús y asumió su propia responsabilidad frente a él: *“Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer”*. Para él, la autoridad con la que Jesús actuaba era divina, no había otra explicación posible, y así se lo expuso a sus interrogadores. No habían conseguido amedrentarle y sin temor alguno dejó clara su posición.

### ***“Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron”***

Sus argumentos habían resultado incontestables para los fariseos, que habían sido silenciados públicamente. Ahora ellos se vuelven airados contra el que había sido ciego y le insultan y también le expulsan.

Notemos lo que le dicen: *“Tú naciste del todo en pecado”*. Para ellos su cegara era una demostración de que era un hombre malvado. Esto fue un golpe muy cruel para alguien que había pasado toda su vida siendo víctima de una enfermedad tan terrible. Pero en cualquier caso, no tenían en cuenta toda la verdad, porque el ciego ya había sido sanado, lo que siguiendo su lógica, les debería haber llevado a pensar que si era merecedor de un milagro así era porque había dejado sus pecados. Pero ya no valía la pena seguir explicándoles más cosas, ya que no estaban dispuestos a escucharle.

¡Qué atrevimiento el de aquel hombre que intentó enseñarles acerca de Cristo! Pero es que la fe coloca al más sencillo de los hombres por encima de los *“sabios y entendidos”*. Sin embargo, estos fariseos de ninguna manera lo iban a aceptar, así que le dijeron: *“¿Y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron”*. Ellos se creían los jueces de aquel hombre al que despreciaban con todas sus fuerzas por el solo hecho de haber hablado bien de Jesús. Y puesto que fueron incapaces de contestarle con argumentos lógicos, y mucho menos con la Palabra de Dios, le expulsaron de la sinagoga.

La excomunión, la persecución y el encarcelamiento han sido siempre las armas favoritas de muchos tiranos religiosos, que sin conocer a Cristo se han erigido en jueces supremos de la fe. ¡Qué lejos estaban llegando los líderes espirituales del pueblo escogido de Dios cuando expulsaban a un hombre sólo por dar un testimonio favorable de Jesús! Antes habían querido matar a Jesús, y ahora expulsan a los que creen en él. Sin duda, estamos aquí ante un momento clave en el ministerio del Señor que marca la ruptura cada vez más definitiva entre el judaísmo oficial y Cristo, entre la Sinagoga judía y la Iglesia cristiana. Desde este momento la confrontación entre ambos será ya irreconciliable. Se revelaba con claridad que el cristianismo no podría encajar dentro del marco del judaísmo. Como



ya había dicho Jesús: *“nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden: pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar”* (Mr 2:22). Y aunque los primeros cristianos continuaron participando en el templo y en los servicios de la sinagoga, pronto se hizo obvio que el cristianismo no era compatible con aquel tipo de judaísmo.

Nosotros también, como cristianos que vivimos dos mil años después, sabemos que aceptar la fe en Jesucristo tiene las mismas consecuencias: aislamiento social, menosprecio, oposición, burlas y en muchos lugares el martirio. Y por supuesto, aquellos que hoy en día abandonan el judaísmo para convertirse a Cristo, siguen siendo severamente criticados por la comunidad judía. No pasa nada si un judío es ateo, pero tener fe en Jesús sigue teniendo consecuencias sociales muy negativas.

## ***“Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?”***

Aquel nuevo discípulo de Cristo no debía preocuparse por haber sido expulsado. Por un lado, no es ninguna deshonra ser excluido de donde Cristo ha sido menospreciado. Además, Dios escribe nuestros nombres en el libro de la vida de donde ningún hombre podrá borrarlos jamás. Y por otra parte, en el siguiente capítulo veremos que el Señor está formando su rebaño con aquellas personas que eran expulsadas de la religión judía y recibe a todo aquel que era desechado por ella.

Y aunque éste será un tema que se desarrollará más profundamente en el siguiente capítulo, aquí ya vemos que Jesús buscó al que había sido ciego nada más que fue expulsado por los judíos. Él siempre está cerca de los que son injustamente rechazados y excomulgados por los hombres. Cuando el mundo nos abandona por causa de nuestra fe, Cristo se acerca mucho más a nosotros. En realidad, este hombre, y todos nosotros también, ganamos con el cambio, porque siempre es mejor estar con el Señor. Sería difícil que a partir de las experiencias que acababa de pasar, pudiera encontrarse cómodo en el ambiente religioso que se respiraba en el judaísmo.

Pero además de dirigirle palabras consoladoras, el Señor lo buscó porque sabía que necesitaba tener una visión más clara de quién era él para que pudiera seguir enfrentando las pruebas que todavía vendrían después. Con esto comprobamos una vez más el principio de que si somos fieles en lo que sabemos, seremos conducidos a nuevos descubrimientos de la verdad.

En este nuevo encuentro el Señor le enfrenta con una pregunta clave en este evangelio: *“¿Crees tú en el Hijo de Dios?”*. Era una cuestión complicada, pero Jesús se daba cuenta de que los enfrentamientos con los líderes religiosos le habían hecho crecer muy rápidamente y que estaba listo para dar el gran paso: entender quién era Jesús realmente.

La respuesta del ciego implica una actitud humilde: *“¿Quién es, Señor, para que crea en él?”*. El que había sido ciego no sabía quien era el *“Hijo de Dios”*, pero a diferencia de los fariseos, él sí que quería conocer y aprender acerca de él.

Fue entonces cuando Jesús se manifestó con total claridad: *“Pues le has visto, y el que habla contigo, él es”*. Notemos que Jesús se presenta aquí como el objeto de la fe. Y por supuesto, lo que era válido para aquel hombre, lo es también para toda la humanidad.

Fijémonos también que el milagro había quedado ya en un segundo plano, ya que sólo era una señal que le debería llevar a la meta, y ésa no podía ser otra que conocer a Jesús

como el Hijo de Dios. Cualquier milagro que no nos lleve a reconocer a Cristo como el Hijo de Dios es una señal inútil y probablemente no provenga de Dios.

### **“Y él le dijo: Creo, Señor; y le adoró”**

La respuesta del hombre no se hizo esperar, inmediatamente le reconoció como “Señor” y le “adoró”. Sin duda el Espíritu Santo había estado preparando la mente de este hombre durante el tiempo en que debatía con los fariseos y lo único que le hacía falta en ese momento era un poco más de luz.

El no estaba dispuesto a alinearse con aquellos que negaban o insultaban al Señor, sino que con tremendo gozo y gratitud, sin demorarse ni un minuto más, quería confesar su fe en Jesús como el “Hijo de Dios” y adorarle.

Como ya hemos señalado en otras ocasiones, el término “Hijo de Dios” equivale a “Dios”, y por eso el hombre le adoró. No se trataba de un mero acto de respeto, sino que como en otras ocasiones en este mismo evangelio, la palabra se usa para la adoración divina (**Jn 4:20,24**) (**Jn 12:20**). Es imposible interpretarlo de otra manera, sobre todo si tenemos en cuenta lo que antecede. Y otro detalle importante es que Jesús aceptó la adoración sin poner ningún obstáculo. Ante situaciones similares los apóstoles o incluso los ángeles, rechazaron la adoración de los hombres, porque lógicamente no les correspondía recibirla, pero el Señor la aceptó porque es digno de ella (**Hch 10:25-26**) (**Hch 14:14-15**) (**Ap 19:10**) (**Ap 22:9**).

Notemos también que lo que aquel hombre estaba haciendo no era simplemente agradecerle al Señor lo que había hecho por él al sanarle, sino que le estaba adorando por quién era él. En realidad, la verdadera adoración centra su atención en la dignidad y majestad de Dios, y no tanto en aquellos dones que recibimos de él. Quizá por esto nos cuesta tanto adorarle, porque somos bastante egoístas y siempre tenemos la tendencia de mirar a Dios por lo que nos da, más que por lo que él mismo es. Se podría decir que mucho de lo que llamamos adoración es en realidad gratitud por lo que él nos ha dado, y por supuesto, ser agradecidos es algo muy importante también, pero si llega un día en que estas cosas nos falten, fácilmente dejaremos de adorar a Dios. Job nos puede enseñar mucho acerca de esto, porque después de haber perdido todo, siguió adorando a Dios, porque para él, lo importante no era lo que recibía de Dios, sino la admiración que tenía hacia Dios (**Job 1:21**).

A partir de este momento, el que había sido ciego ya no sólo era un hombre sanado, sino un hombre salvado que adoraba a Dios. Y la fe que tenía en el Hijo de Dios le daría la victoria sobre el mundo (**1 Jn 5:5**).

Notemos también que no sólo reconoció a Jesús como el Hijo de Dios y le adoró, también lo confesó como “Señor”. Esto implicaba aceptar que había adquirido todos los derechos sobre su vida. No era algo impuesto, sino que el hombre lo reconocía con todo gozo.

Resumiendo, podemos decir que en este versículo encontramos todo aquello que caracteriza la vida de un verdadero creyente. En primer lugar la fe, luego la libre y gozosa aceptación de la autoridad del Señor, y finalmente la adoración a Jesús como el Hijo de Dios.

A partir de aquí el Señor va a tener una conversación con los fariseos y el que había sido ciego desaparecerá del relato. Pero antes de que lo dejemos, podemos apreciar cómo este hombre había crecido en el conocimiento de Cristo:

- Inmediatamente después de haber sido sanado, se refirió al Señor como *“un hombre que se llama Jesús”* (Jn 9:11).
- Cuando los fariseos lo interrogaron dijo que Jesús tenía que ser *“un profeta”*, es decir, alguien que hablaba de parte de Dios (Jn 9:17).
- En el último interrogatorio de los fariseos, había llegado a la conclusión de que era alguien que había venido de Dios y que hacía sus obras (Jn 9:31-33).
- Y finalmente, cuando se encontró nuevamente con Jesús, le reconoció como el *“Señor”* y el *“Hijo de Dios”*, cayendo inmediatamente a sus pies para adorarle (Jn 9:35-38). Esta fue su confesión final y completa de fe.

### ***“Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”***

Jesús hizo esta declaración como conclusión a todo lo que acababa de ocurrir. Es cierto que en una ocasión anterior había dicho que él no había venido al mundo para condenarlo, sino para salvarlo (Jn 3:16-17), pero esto no podía evitar que cuando cada hombre era confrontado con Jesús, inevitablemente algo sucedía. Algunos creían en él mientras que otros le rechazaban. Los que creían en él, como el hombre que había sido ciego, cada vez veían las cosas con mayor claridad, mientras que los que le rechazaban, cada vez estaban más ciegos, como los fariseos. Finalmente, nuestra relación con Jesús determina nuestra visión o ceguera, pero también nuestra salvación o nuestra condenación. No es que él nos condene, sino que la persona se condena ella misma al rechazar a Jesús.

El propósito de Cristo al venir al mundo era el de dar vista a los que estaban espiritualmente ciegos y anhelaban ver la verdad. Pero una consecuencia inevitable de su manifestación como la Luz del mundo, era que ponía en evidencia las tinieblas morales de los que espiritualmente eran ciegos. Su presencia en el mundo sirvió para que cada hombre demostrara si pertenecía a la luz o a las tinieblas, y al dividirse en estas dos clases, anticiparon lo que sería su sentencia final. Lamentablemente, tal como ya nos ha dicho este mismo evangelio, los hombres en general amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas (Jn 3:19).

Esta discriminación natural que surge en relación a la persona de Jesús, es la que tiene valor eterno, mientras que la excomunión que aquellos fariseos habían ejercido contra el hombre sanado, no tenía ninguna repercusión más allá de los estrechos límites del judaísmo de aquel tiempo.

### ***“Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos?”***

En ese momento había allí algunos fariseos, que como en otras ocasiones, vigilaban cada una de las palabras de Jesús para ver si encontraban algo que pudieran utilizar contra él. Y parece que se sintieron ofendidos por lo que Jesús acababa de decir y reclamaron una aclaración: *“¿Acaso nosotros somos también ciegos?”*. Tristemente no eran movidos por un sentido de humildad y preocupación, sino que más bien era una forma de reafirmar su posición de liderazgo espiritual. ¿Cómo iba a ser que ellos, que se consideraban doctores de la ley, fueran ciegos? Como dijo el apóstol Pablo describiendo a los judíos incrédulos: *“Confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas”* (Ro 2:19).

Pero Jesús ya les había dicho en otras ocasiones que eran guías ciegos (**Mt 15:14**) (**Mt 23:16,24**), aunque ellos nunca lo habían querido aceptar. Habría sido mucho mejor que hubieran confesado su ceguera con el fin de recibir la luz del Señor, pero ellos prefirieron jactarse de su falso conocimiento y sabiduría espirituales, lo que finalmente los condujo a las tinieblas eternas.

Y esto es lo que ocurre siempre que se predica el evangelio. Tiene un doble efecto, porque a los que admiten que no ven, les sirve para recibir la vista, mientras que los que insisten en que ven perfectamente sin necesidad del Señor Jesús, quedan confirmados en su ceguera. La luz sólo puede iluminar a los que admiten su ceguera y desean ser iluminados.

***“Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece”***

Si ellos hubieran admitido que eran ciegos y que necesitaban un Salvador, entonces habrían recibido la luz del Señor y el perdón de sus pecados, pero su orgullo les llevaba a decir que no necesitaban nada, que ya eran rectos y tenían la luz que necesitaban. En esa situación no había perdón posible para ellos. Su obstinada incredulidad y su autosuficiencia los estaba conduciendo a la perdición eterna.

La solución que el Señor les estaba dando era que reconocieran que estaban ciegos y que necesitaban ayuda, por eso les dice: *“si fuerais ciegos...”*. En ese caso el Señor les habría dado luz y perdón de sus pecados. Pero lejos de eso ellos siguieron gloriándose en aquello que les colocaba ante una horrenda expectación de juicio. El Señor entonces hizo una solemne declaración: *“Vuestro pecado permanece”*. Esto nos enseña que aquellos que no se arrepienten, sus pecados permanecen sobre ellos, porque no les son perdonados y tampoco desaparecen.

## Preguntas

1. Explique el progreso del ciego en cuanto a su fe y su relación con Jesús.
2. Analice las distintas actitudes de las personas que aparecen en este capítulo frente a Jesús.
3. ¿Qué parecidos y diferencias encuentra entre este ciego y el parálítico sanado de Juan 5?
4. Analice el distanciamiento entre el judaísmo oficial y el Señor Jesús a la luz de este pasaje.
5. Jesús había dicho anteriormente que él no había venido a juzgar al mundo (**Jn 3:16-17**), pero aquí dice que había venido para juicio. ¿Cómo explica esto?